

Realidad e invención en los cuentos de Antonio Pereira

MANUEL CEREZALES

EL escritor Antonio Pereira se dio a conocer en los años sesenta con la publicación de sucesivos libros de poesía y se reveló como narrador al ganar con *Una ventana a la carretera* el prestigioso premio Leopoldo Alas, de cuentos, en 1967. A partir de esta fecha cultivó asiduamente el relato corto, al parecer su género preferido, al que pertenece su último libro, «El síndrome de Estocolmo»,

Me figuro que el cuento es también el género que de la obra del escritor leonés prefieren sus lectores, sin que ello signifique demérito del resto de su producción, en la que cuentan excelentes novelas. Es de los pocos narradores que se mueven con soltura en el terreno limitado del cuento, tanto por su manera de concebirlo como por el manejo de los recursos de esta forma literaria.

Los que hayan seguido la trayectoria literaria de Antonio Pereira habrán advertido que este escritor, inclinado a la adopción de formas tradicionales en el arte que cultiva, se ha mostrado también sensible a las corrientes innovadoras que se han sucedido en las últimas décadas, aunque procurando no entregarse a las sugerencias de las efímeras modas literarias. Su narrativa evoluciona y se enriquece reflejando los cambios temporales, en la vida y en la literatura. En «El síndrome de Estocolmo» alcanza el grado de definitiva madurez una escritura siempre expresiva, que se desliza y adapta suavemente a las modulaciones del relato.

La acción de los cuentos de Pereira se desarrollaba, por lo general, en el medio rural o urbano de su suelo nativo, con algunas incursiones a ámbitos extranjeros. El nuevo libro recoge preferentemente observaciones directas sobre la vida y personas de países y ciudades visitadas por el narrador en sus viajes: México, Buenos Aires, París, Rusia... La imaginación trabaja sobre datos de la experiencia y la invención lleva siempre prendidos jirones de la realidad vivida, como nos recuerda el propio Pereira.

Algunos de estos cuentos, entre los mejores, suscitan en el lector, acabada la lectura, algunos interrogantes: ¿Qué ocurre después de que el autor ha dado por acabada la historia? ¿Se ha extraviado la página final? No tardará en hallar la respuesta al llegar al convencimiento de que el cuento es una construcción acabada en la que nada falta ni nada sobra, si bien deja abierta una ventana a la imaginación del lector.